

## EL HOMBRE DE LA CÁMARA MÁGICA (2015) (Novela de Pedro J. Badrán)<sup>1</sup>

Mario Restrepo Botero<sup>2</sup>

Cuando a comienzos de este mes, con ocasión del conversatorio con los muchachos del colegio salesiano acerca de sus dos relatos sobre futbolistas, Pedro me comentó sobre la inminente publicación de una novela suya que titularía “El hombre de la cámara mágica”, se me vino a la memoria la figura de George Méliés, recreada por el bello film de Scorsese “Hugo”, y también pensé en alguna de las mágicas evocaciones primitivas de Gabo. Me sucede a menudo, que cuando leo un título, me imagino un contenido que en ocasiones no corresponde a la historia que escribe el autor, aunque alguna remota conexión le encuentre posteriormente.

El libro me llegó hace una semana, fresco, autografiado por mi amigo y alumno Pedro Badrán, que evoca “la Cartagena de nuestros recuerdos comunes”, e inmediatamente me embebí en su lectura, que disfruté página por página, mirando por la rendija del pasado, hacia una Marbella de los 70 que aún atraía turistas en sus playas y hacia un modesto y concurrido Hotel que, como una persona

que evoluciona y decae, va acogiendo a todo tipo de gente que se enraíza en él, o va de paso, pero que se torna significativo por albergar en él al hombre de la cámara mágica que con sus diapositivas lo recorre piso a piso, cuando a cuarto, objeto por objeto, persona por persona, para no dejarlo morir, para inmortalizarlo.

La novela de Pedro me parece un relato “asombrado”, en el que una inmensa sombra va iluminando, paradójicamente, un sector turístico que, a su vez, va proyectándose sobre un Hotel que extiende su embrujo en una variada galería de personajes que tienen siempre que ver con Tonny Lafont y su mágica Polaroid, atenta a no dejar escapar ningún detalle.

La narración, en cuatro voces diversas, con sus giros del lenguaje adaptados a cada personalidad que habla, va siendo el hilo conductor de una leyenda fabricada con el tejido real —y tan humano— de quienes se expresan espontáneamente en el habla cartagenera más auténtica.

---

<sup>1</sup>Pedro J. Badrán Padauí nació en Magangué (Bolívar-Colombia) en 1962, en el 2000 Ganó el Premio Nacional de Novela Breve de la Alcaldía de Bogotá con la obra El día de la mudanza. Entre sus obras publicadas están; “Lecciones de vértigo” (1994), “Un cadáver en la mesa es mala educación”, “La pasión de Policarpa” y dos libros de cuentos Simulacros de amor (1996) y El lugar difícil (1985), “El hombre de la cámara mágica” (2015). Contemporáneos del porvenir (2000), Líneas aéreas (1999).



Comienza la novela con el diario escrito por el vendedor de búhos hechos con latas de cerveza, quien llega al Hotel por insinuación de la malabarista del parque, obsesionada por encontrar a Tonny Lafont. Esta bella narración de un hombre sencillo, atrapa desde el inicio, permanece sosteniendo la historia en diversos capítulos —él es también quien mejor lee los cuadernos de Lafont- y cierra la narración en un auténtico poema onírico, como único superviviente del derrumbado Hotel y testigo de la desaparición en el viejo bote, de Tony y la malabarista: “Y a lo mejor, yo tampoco sabía lo que veía”... “El fotógrafo y la malabarista comenzaron a navegar. Remaban con sus dos manos de espaldas a mí. Después todo se fue oscureciendo y yo los perdí de vista”... “Extendí mi colchón sobre los escombros y el perro se echó a mis pies”.

Claudia Soraya, con sus sueños de actriz y modelo, narra sin descanso, con sólo respiros en las comas, sin puntos, como si estuviera nadando o buceando ininterrumpidamente en el mar, su relación más cercana, la de amante, con el fotógrafo, descubriendo facetas nuevas y más íntimas que van enriqueciendo con un hermoso lenguaje femenino la historia desde el comienzo, en el diario de Hotel: “Pero sólo caminamos, yo con las sandalias en la mano, pisando la arena mojada, hundiendo los pies, dejando que el mar los acariciara y él volviéndose de vez en cuando

para mirar el Hotel y decirme, mira esta luz cayendo, la ves?”

Charlie, el tranquilo y apacible recepcionista del Hotel, narra con voz pausada y segura, realísticamente, no sólo la vida de su amigo de infancia y vecino, Tony, ahora el huésped que le da significación al Hotel, sino también la evolución y decadencia del edificio: “Este Hotel tenía que acabarse, sólo que hay agonías demasiado largas, se van a un extra inning que se prolonga y se prolonga”... “Hay gente que quiere explicarlo así: el Hotel empezó a desmoronarse cuando Tony Lafont se fue”...

Y el que menos habla, porque a él todos se están refiriendo, es el hombre de la cámara mágica, Tony, quien consigna su experiencia como verdadera joya literaria y artística, en su cuaderno o bitácora de navegación por el mar de sus diapositivas, embarcado en la Polaroid que nunca lo abandona. Su proyecto es inmenso: 3652 instantáneas en diez años, catalogadas “en personajes, habitaciones, colecciones, objetos, animales y gatos”: “Yo soy yo y mis instantáneas; todo el universo cabe en un Hotel y todo el Hotel cabe en una Polaroid... Lo que importa no es la cámara sino el fotógrafo”. “Nadia, la camarera, dice que no le tome fotos. No hay mujer en este barrio como ella, mitad cedro y mitad palmera. Es bella de cinco de la mañana a seis de la tarde y seguramente lo sigue siendo después de esa hora, cuando abandona el Hotel”.



Y alrededor de estos narradores, van entrando y saliendo interesantes personajes, que reflejan el amplio mundo en el que se mueve el novelista, su gran repertorio de recuerdos y su investigación e indagación; en torno a ellos, va volcando su vasta cultura y erudición, su preocupación por los personajes “en tono menor”: Nancy, la mujer de Charlie; Karen, la masajista amiga del vendedor de búhos; Bobby Worbst, el gringo descubridor del genio de Tony; el monje vietnamita; Blaki el cochero con su caballo Centella; el Joe Domínguez y Familia; Don Gaspar Tri-cot, el dueño del Hotel; Maribel Delgado, con quien desea comenzar y terminar el album fotográfico; el cantante Terry Bolaños; el doctor Alandete; el guionista Tito Álvarez, y muchos otros que van poblando de matices humanos diferentes la interesante historia.

En Pedro descubro al escritor serio, estructurado, consciente de su oficio, que no improvisa, que va calculando cada base de su construcción, cada pared, cada acabado. En ocho capítulos, con tres narradores cada uno -ex-

cepto el último- va empujando el carro de su historia sin que se pierdan el interés ni la unidad, con el leimotiv del fotógrafo y del Hotel. El capítulo final, narrado por el vendedor de búhos, es el broche de oro con el que cierra una novela sólida, profunda, interesante, divertida, con fino humor y su aire de nostalgia, escrita en un rico lenguaje regional que, por su gracia y su fuerza, se vuelve universal.

Al leer y releer esta novela, regreso a mi primera impresión arbitraria: En Tony Lafont, en su cámara mágica, revivo la magia que descubrió el pequeño Hugo al encontrar a Meliés, el genial creador de los efectos cinematográficos. Haya quedado o no como uno de los grandes de la fotografía en Colombia -Matiz, Díaz, Nereo, Meliton R. Obando-, la novela de Pedro le abre un espacio indetronable a Tony Lafont dentro del arte de la cámara oscura y lo rescata prodigiosamente de las ruinas de un Hotel plasmado detalladamente en imágenes que lo convierten en símbolo inolvidable.